

# Turbocrónicas

## MARCO AURELIO CARBALLO

El menú escamoteado

**L**o primero que me llamó la atención del Torremar de Veracruz, a nuestra llegada, fue el menú revolucionario. La sopa milpa verde y los tacos de arrachera, de lengua, pibil, al pastor y de chicharrón. Los postres: flan de tapioca, bavaresa (?) de guanábana y guayaba y pastel Napoleón. Las bebidas: agua de horchata o jamaica y café americano. El primer día ordenamos a la carta y ante su intrascendencia sentimos ganas del menú revolucionario. No volvimos al restaurante a la hora de la comida. Sólo al buffet del desayuno incluido en el costo del cuarto. Repetimos la comida tres días después. Decepcionante. Menú y organización. El día iba a resultar redondo sólo porque leí a Flaubert mientras Petunia y los críos visitaban el castillo de San Juan de Ulúa; dormí la siesta, corregí veinte páginas del mamotreto en turno y sólo faltó ver una película. Medio me compuse de las tripas. Conseguí un camastro lejos de los niños de menos de seis años y de las poblanas con la oveja negra de la familia, el viejo sucio deseoso de filmar películas porno.

En el vestíbulo, intenté corregir cinco páginas impresas mientras los integrantes de la tribu regresaban de su paseo. Pero hice la talacha distraído porque estaba cerca de los elevadores. La gente entraba y salía hacia el bar y hacia la alberca. Una prostituta diminuta

(bella de día), de maciza complexión y de pelo teñido tomó asiento a mi lado. Me han llamado la atención estas mujerucas. No las prostitutas, sino unas mujeres pequeñas de tez blanca y que se tiñen el cabello de rubio. Las veo en el restaurante y en la alberca. Son el resultado de las colonias italiana y francesa en Veracruz, dice Petunia. También de la colonia española, agregó. Pero estas chaparritas son de rasgos finos y delgadas. No parecen españolas. De haber sido boxeadoras hubieran sido peso paja. Tampoco tienen la silueta de la mujer veracruzana.

A duras penas hice mi trabajo aunque iba pertrechado con el iPod y lápices de punta afilada. Quería corregir una Turbocrónica veracruzana en la compu. Cuando terminé con la primera tarea resolví efectuar la segunda en el bar. Desde ahí vería la entrada de Petunia y de los críos. Pedí una cerveza pero tenía antojo de ron blanco, mucho hielo, limón y cocacola. Así que también me zampé el cañazo de ron. En tres pequeños recipientes de algo parecido a un candelabro (convoy le llaman, pero semeja más un carrusel) sirven cacahuates y una mezcla de nueces, macadamia, avellanas, etcétera. Me acabé éstas y cuando empezaba con los cacahuates llegó la familia.

Del recorrido por San Juan de Ulúa, les llamó la atención que Benito Juárez hubiera estado preso en esas mazmorras y que regresara a vivir ahí cuando anduvo de mandatario itinerante. Mario se la pasó leyendo Eragón en el recorrido, sobre la marcha.

Demandaba ya el tomo II. Mario es atípico del todo. ¿Será hereditaria la aversión por los museos? Pero quiero conocer el de Agustín Lara en Tlacotalpan.

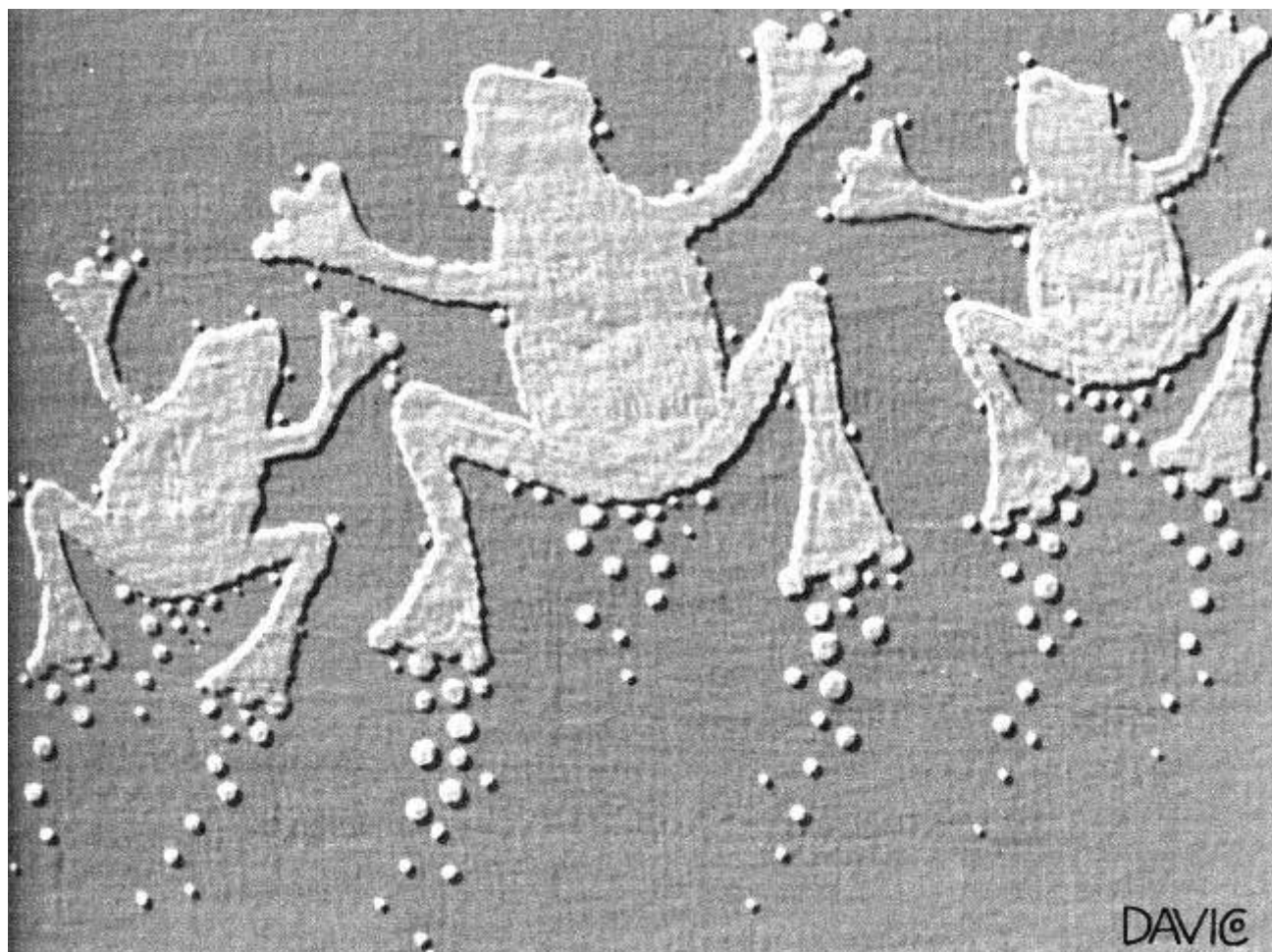
La recepcionista del restaurante del hotel, veinteañera, reina de su pequeño mundo, negó que hubiera menú revolucionario. Pero es que en el folleto dice que aplica (a la gringa) de lunes a viernes y hoy es viernes, le dije. También le hablé de mis ganas de unos tacos de lengua. Pregunté si los había a la carta. Ni la conocía. La carta. Trató de buscarlos, leyéndola, pero la lectura la agotó y decidió preguntar en la cocina. Volvería para informar malhumorada que, de lengua, nada.

Un viejo esquelético y encorvado, fuma que fuma, sentado a la mesa de junto dijo sonriente que estas bellas damas quieren ser ricas antes de los veinte. Trabajan aquí para conquistar a algún caballero... Si es

narco, mejor, porque son muchas las probabilidades de quedar viuda pronto. El viejo le pegó una calada al cigarrillo y dejó de hablar pero no de toser.

Gustavo, el mesero, de mejor talante, explicó que el menú ese mes era a base de pizzas. El revolucionario había sido ¿en septiembre? No, en noviembre. Se les había olvidado actualizar el impreso en los cuartos. Gustavo iba a pedir que los retiraran y actualizaran, dijo sonriente, desempeñando a gusto su trabajo. Dos meses después, en diciembre, nadie había reparado en el error. Como la costumbre de toda la gente de mundo es comer fuera del hotel, ni los huéspedes protestaron.

No hay hotel perfecto y el Torremar podría ser contradictorio. Te regalan champú y burbujas para la tina, una crema dental pequeña, un cepillo dental, pero te cobran el agua para beber. El gran negocio de fines del



David Contreras

siglo pasado y de principios de este. El agua no tiene defensores en el congreso como lo tienen las refresqueras.

(Viernes 29/12/2006).

Las petacas del Flaco de Oro

El Museo "Casa Lara" de Tlacotalpan está en un segundo piso. Luego de subir las escaleras empinadas, pagas diez pesos y recorres tres salones, dos ex recámaras. En la segunda, entras y ves a un tipo sentado. Puede suceder que te sobresaltes o no. Es un muñeco de trapo, vestido con traje y corbata, clon de Agustín Lara. Está bien hecho aunque el parecido es mínimo, habiendo sido tan caricaturizable. Ahí mismo hay una cama de la época. Alta, de tal forma que para escalarla necesitas una escalera con tres escalones. Bruno y Mario opinaron, como si fueran museógrafos, que el museo estaba "chafita". Me volví hacia Petunia y ella dijo que había fotos y dibujos y un piano. Punto y se acabó. Pero no...

A Tlacotalpan llegamos después de tres noches en Boca del Río, en el Torremar, justo donde termina el malecón del puerto de Veracruz. Reservé la visita al Museo del Flaco de Oro para la mañana siguiente, porque si no ¿en qué iba a invertirla? Al salir del puerto, nos desviamos en el cruce donde construyen un puente. Los letreros debieron haber estado por ahí, en el suelo. De Antón Lizardo nos dirigimos a La Piedra para reconectar con la carretera 180. El desconcierto y las dudas tensan y la tensión cansa. ¿Ya están perdidos otra vez?, preguntaba Mario. Estamos, precisaba Petunia.

Las carreteras son chistosas. En el mapa figura su número, pero no cuando llegas al punto donde se bifurcan. El trazo de Antón Lizardo a La Piedra ni siquiera aparece en el mapa. En cierto paraje se informaba que ocho kilómetros después llegarías a Antón Lizardo. Síguete de frente, le dije a Petunia, pero no más allá de nueve kilómetros porque naufragaríamos en el Golfo de México. La población está a más de once y nunca corrimos el riesgo

de ser pasto de los tiburones. En la autopista Córdoba-Veracruz hay letreros absurdos. Tres continuos, separados por unos metros, anuncian Puente 1 La Niña, Puente 2 La Niña y Puente 3 La Niña. Llegas a un pueblo y tienes que preguntar cómo se llama. En las gasolineras podría anunciarse el nombre de las ciudades pero en los pueblos no las hay... En Alvarado un letrado desea buen viaje al salir pero la firma son unas burócratas siglas indecifrables, y no es leperada... El colmo sucede cuando los caminos se bifurcan de sur a norte, hacia Córdoba o hacia Veracruz. Llegas a una caseta y te dicen que estás equivocado, que te echas de reversa por un trayecto estrecho de dos carriles, cruces un puente, des vueltas en "U" y tomes la autopista. No hay ningún letrado con esa información.

Pero Tlacotalpan es una ciudad bella. Tanto que fue declarada patrimonio de la humanidad en 1998. Hallamos cuartos en el hotel Reforma, donde a las dos p.m. estaban aseando-los apenas. Así que comimos en La Flecha. Los chamacos un pescado frito llamado chucumite y yo una hueva de naca, en nada semejante a la hueva de lisa. Quizá se parezca más a un puñado de caviar empanizado tamaño canica. Muchas canicas. Tantas que dejé la mitad. Lo mejor fueron los frijoles refritos y un torito de cacahuete. ¿Le ponen ron?, preguntó Petunia. No, aguardiente. ¿Será el aguardiente al ron lo que el mezcal al tequila? Podría ser... El Reforma está frente a una cantina con mesas en la banqueta. En un segundo piso, encima de la taberna, hubo una pachanga de recién casados. En Tlacotalpan se vive de noche. Visitantes y nativos comen elotes a dos manos y comida chatarra en el pequeño parque.

Muy temprano la familia desayunó en el hotel Lala. Antes Petunia llevó a sus críos a la iglesia a dar las gracias por los beneficios recibidos (?) en el año. Yo avancé en mi trabajo. Como no había condiciones ideales, fundí la crónica del sábado, día de nuestra salida del Puerto de

Veracruz con la de nuestra estancia de una noche en Tlacotalpan.

Entras a la “Casa Lara”, en la calle de Gonzalo Aguirre Beltrán 6 y la encargada activa un disco en el estéreo con canciones del maestro. Él vivió en otra parte de la ciudad, hasta los seis años. Enseguida se mudó a la casa de una tía en el DF. Ahí aprendió a tocar el armonio (órgano pequeño) y después el piano. A los siete años de edad compuso canciones. En la primera recámara hay dos petacas de cuero que Agustín Lara usaba en sus viajes. En la sala, sobre el piano, la partitura de Farolito. El Flaco de Oro aparece, bien peinado, junto a María Félix en una foto de 1945.

Le dije a Petunia que él tenía un programa a las siete am en la W, y enseguida Juan S. Garrido. Mi padre y yo los escuchábamos. Debieron haber sido programas grabados, dijo Petunia. No, no, le dije, en vivo. ¿A las siete de la mañana?, preguntó ella dando a entender que eso era imposible. Me hizo dudar. Quizá del cabaret se iba a la W y dormía después de su programa, le dije. Eso es más creíble, dijo ella.

(Sábado y domingo, 30 y 31/12/2006).

Odisea en Fortín

En el hotel Fortín de las Flores, la carpetista con cejas a la Andrea Palma dijo que había cancelado nuestra reserva porque la tarjeta de Petunia “estaba declinada”. Regresar al DF a las cinco pm del último día del 2006 habría sido intento de suicidio colectivo, usando como arma las cumbres de Acultzingo cubiertas de neblina. Lloviznaba desde horas antes. Íbamos a pagar en efectivo pero había un sólo cuarto libre. El doctor Zamorano, en silla de ruedas motorizada, le propuso a Petunia su habitación. Él iba a dejar el hotel porque no había rampas y su cuarto estaba en el segundo piso. Petunia tenía años queriendo hospedarse en ese hotel de gran tradición pero ya con señas evidentes del paso

del tiempo. Es más, quería cenar y que nos atragantáramos con las doce uvas mentadas. Cuando la vi de cierta forma, ella dijo que eran los niños quienes deseaban cumplir con la tradición. Petunia sigue llamándolos niños, aunque ambos entraron a la adolescencia con la barba cerrada.

Antes de llegar al hotel, ellos quisieron comer en La Parroquia, en los portales de Córdoba. Yo pedí panuchos pero el mesero me desalentó al decir que ni siquiera parecían tales. Le di las gracias y cambié a enfrijoladas con huevo y chorizo. Un platillo de los Wings. El desayuno veracruzano. Son tres tacos de huevos revueltos cubiertos de frijoles licuados, el chorizo en moronas y rajadas de chile. En Córdoba revuelven huevos y chorizo, y lo sirven sin rajadas. Petunia lucubró sobre una teoría, divulgada por Antonio Andrade (†). Él solía decir que Córdoba se había fundado con los hijos bastardos de porteño y jalapeña. Así que en Córdoba, ¿para qué espolvorear el chorizo? No estaba seguro de que el ejemplo procediera, pero callé porque me distrajeran dos marimberos otoñales y el joven del güiro. Vestían trajes como de banqueros. Demasiados robustos por no llamarlos cebados. Interpretaban una pieza y luego pasaban el güiro, no la charola. ¿Más piezas? Sí, a cuenta del cliente.

En la habitación, me distrajo el espacio amplio y despejado. Al contrario del cuarto de Bruno y de Mario, al nuestro le faltaban los burós y una silla. Podía pasármela sin el buró pero ¿cómo trabajar sin la silla? Entonces descubrí que el hotel tenía un reglamento (!) de tono carcelario. Eran las obligaciones del huésped so pena de parar con sus huesos en San Juan de Ulúa. Ejemplo: “Art. 4. Otras obligaciones del huésped: Queda estrictamente prohibido (...). C. Usar corriente eléctrica y los equipos mecánicos instalados en su habitación para otros fines a los que están destinados (¿el excusado?). Las medidas de seguridad del hotel prohíben estrictamente el

uso de planchas, rizadores, secadores o cualquier otro aparato (...) que pueda ocasionar un incendio.”

De nuevo confirmé que los empleados tratan al cliente como el patrón los trata a ellos. En este caso con sequedad y de modo tan grosero que dan ganas de dormir en el parque. Pero seguía cayendo el pijazo de agua y ya habíamos pagado, en efe y por adela. El payaso encargado de vender la cena nos hizo el grandioso favor de expresar que había lista de espera mas iba a darnos chance porque blablablá. Ocupamos una mesa entre la barra y la caja. De haber habido espacio en los baños... A un lado se aburrían cuatro niños, nietos del dueño. Enfrente, las paredes y las puertas de acceso a los dos salones del restaurante. Por eso me fue imposible ver a los integrantes del conjunto musical. La cantante contó las doce campanadas para que, obediente, nos zampáramos las uvas. ¿Habría pollo y pavo, o cerdo? Ni el mesero estaba al tanto. Preferí un buche de tequila doble con sangrita de a ocho pesos... No había salero. No lo pidas, dijo Mario. Pueden cobrártelo... Atragantándose con las uvas, Petunia me preguntó ¿qué onda? Le dije que pidiera ella. Yo no tenía ya ningún deseo,

estaba satisfecho y en paz con la vida. De creer en zarandajas, sólo uno con dos vertientes: graduación de los críos y boda.

La verdad es que deseaba volver a casa. ¿Qué necesidad de que dos mujeres con cara de pocas amigas sea lo primero que veas nada más al llegar al hotel? Podrían ser cancerberas en San Juan de Ulúa, dijo Petunia. Una de ellas se rapaba las cejas y se pintaba, enarcada, la izquierda. ¿Me explico? Cordobesa, hija de jalapeña y porteño, sin duda. No hay necesidad de tanta acritud porque en la mañana te llevan al cuarto un vaso de café gratis y a la salida te obsequian un reloj despertador. Pero las sonrisas ¿a cómo? En La Habana (del DF), nuestra Parroquia, Luis Flores Cancela me sugirió, para la próxima, que nos hospedáramos en El Pueblito.

Ya en casa, cuando vi en la tele al tipo suicida, bote de cerveza en mano que se arrojaba y no se arrojaba, y que los mirones le gritaban ¡tírate! y enseguida a cien voces ¡uleeeero! porque la policía lo disuadió, díjeme que me dije, aquí nos tocó...

(Lunes1/1/2007). 🐉



Horacio Salcedo